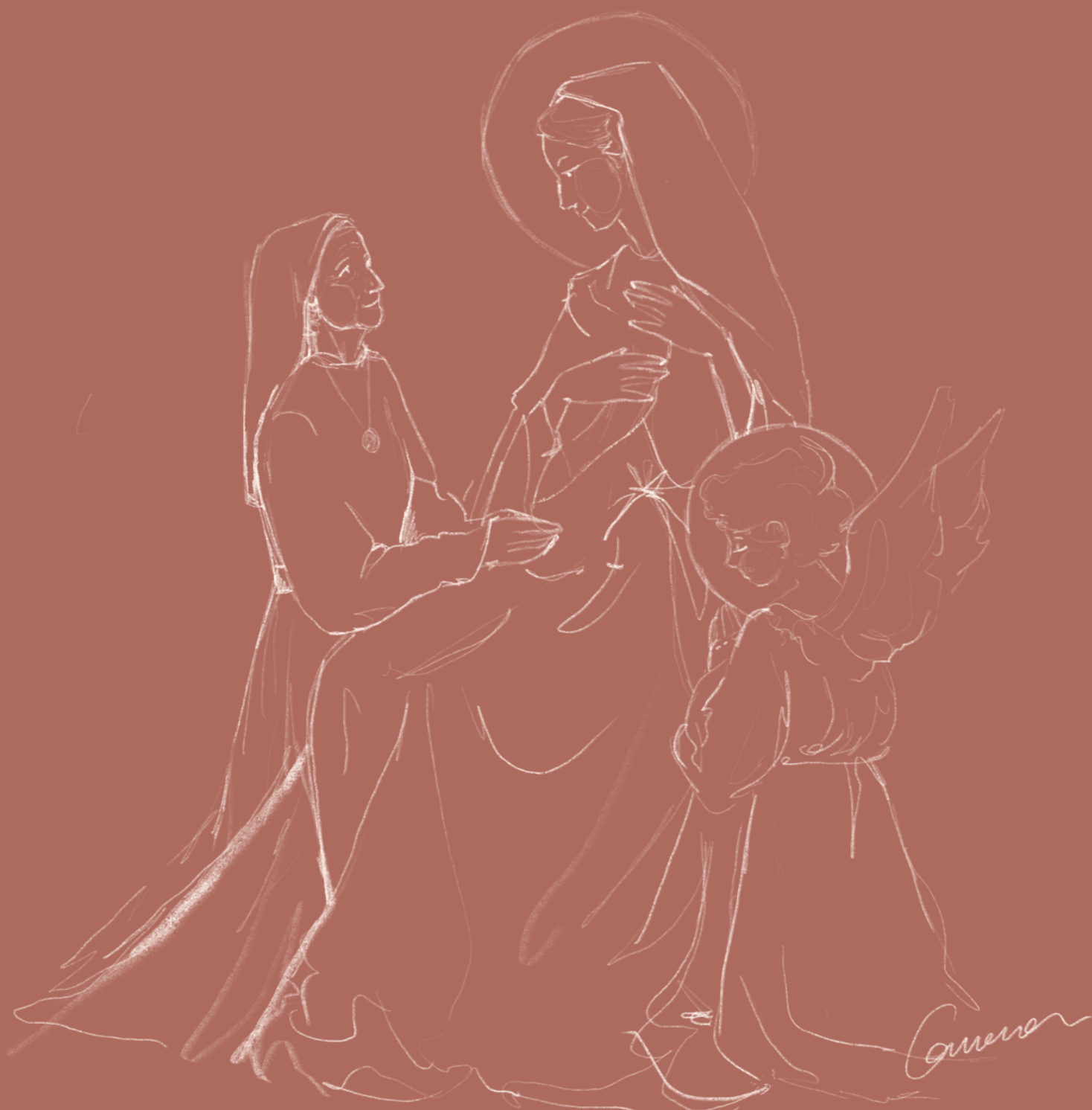


MODALIDAD RELATO BREVE

ESO Y BACHILLERATO



PRIMER PREMIO

Abre los ojos y mira a la cruz

Yo acababa de ordenarme sacerdote y estaba deseoso de que me destinaran a un lugar en el que pudiera hacer algo grande. No por mi reconocimiento propio, sino porque pensaba que esa era “mi escalera al Cielo”. Quería ser como todos los santos sobre los que había leído, quería dar la vida por Cristo ayudando y resolviendo problemas en África, la India o un país en guerra.

Cual fue mi decepción cuando me destinaron a un colegio católico de chicos en el centro de la ciudad, ¡cómo iba a solucionar algo así! Yo me quería entregar por completo a un problema de nuestros días, ahí no habría ni un solo problema. Estaba terriblemente desanimado, y las primeras semanas no me mostré muy abierto ni entusiasmado con nadie.

Pero al mes llegaron unos universitarios exalumnos del colegio que cada seis semanas organizaban excursiones y actividades como visitas a museos o actividades deportivas. Uno de ellos se acercó a hablar conmigo y me explicó que cada vez menos niños se apuntaban, y no entendían el porqué. Le dije que pensaría en algo y me fui. Desde ese día me involucre mucho más en el colegio, en las clases y en los chicos.

Una tarde salí a pasear por los jardines a la hora de la recogida de los niños, y me fijé que fuera del colegio todos ellos estaban con móviles u ordenadores constantemente. ¡Ese era el problema! Sí que había situaciones a solucionar, hasta en los lugares más acomodados y con menos preocupaciones que se me podían ocurrir.

Aún así, no sabía que hacer. La tecnología no era algo malo en sí, entonces, ¿cuál era el problema, o tentación, real que había detrás de todo aquello?

Tuvo que pasar tiempo, y muchas meditaciones por mi parte, para conseguir la respuesta. Indiferencia, esa era la situación que me había tocado vivir. A simple vista es imperceptible y parecen más importantes cosas como el hambre o las enfermedades en los lugares lejanos del mundo.

Pero la indiferencia generaba otros problemas, o impedía solucionarlos. No querían ver lo que pasaba a su alrededor, no solo a nivel mundial, sino también en su entorno: como la gente sola de las residencias o los niños enfermos en los hospitales que no tienen nadie que los acompañe o juegue con ellos.

Así que me propuse solucionarlo. Era un reto difícil, además, sabía que de nada servirían las charlas o los sermones que tan grabados tenían, pero al mismo tiempo tan en desuso. Todo lo hice con mi propio ejemplo. Empecé teniendo un trato cercano y muy personal con cada uno de ellos, así les hice ver como yo me interesaba por ellos y me importaban, quizá así aprendieran a mirar más allá de ellos mismos. Cuando empezaron a fijarse en lo que pasaba a su alrededor ya fue todo mucho más fácil. Les enseñé a ver lo que pasaba en su mundo, desde lo más cercano hasta otros países, y la importancia de preguntarse como solucionar las situaciones de su propia vida. Yo no quería obligarles a solucionar los problemas, quería enseñarles a vivir con la inquietud de ayudar a otros y no desperdiciar los días con el teléfono.



1.º Y 2.º ESO

Mi proyecto dio sus frutos y mis alumnos estaban deseosos de ayudar, además, la oportunidad no tardó mucho en llegarles. Una chica llamó un día a mi oficina y me ofreció un puesto en un campamento en África. Denegué la oferta, porque me di cuenta de que lo que tanto había deseado no era la vocación y situación que el Señor me quería ofrecer. Pero por suerte esa oferta no cayó en saco roto, unos días después un grupo de chicos de Bachillerato llamaron a mi puerta pidiéndome opinión sobre apuntarse a ese voluntariado en África. Pues se habían dado cuenta de que el verdadero problema era la extrema pobreza a causa del hambre y las malas condiciones, y querían ir porque habían descubierto la forma de disminuirla enseñándoles a mejorar las técnicas de agricultura y ganadería, así habría una mejor nutrición y aumentaría la esperanza de vida. La alegría que sentí fue mucho mayor a si me hubieran destinado a África desde un principio.

Una semana después me encontré bajando las escaleras a uno de los alumnos que se habían presentado al voluntariado, andaba solo e iba mirando al suelo, así que cuando llegamos al final del pasillo me paré a hablar con él.

- "¿Qué te ha pasado? ¿Y por qué no estás con todos los demás chicos del voluntariado?" - le pregunté.

- "Ellos están en África. Yo no puedo ir, porque soy diabético y no he pasado el examen médico para ir. Ahora ya no se que hacer, usted nos enseñó a querer ayudar, y yo formaba parte de esa nueva idea para frenar el hambre."

- me contestó secamente.

- "Bueno igual eso no era lo que el Señor quería para ti, puede que vayas a responder a una situación diferente en tu vida. Yo creía que ese era mi camino, y me equivocaba."

- "No sé, estaba entusiasmado con hacer algo bueno, además yo quiero solucionar problemas de mi tiempo y realidad, y lo había conseguido."

- "Créeme, hay muchas situaciones por resolver, igual lo que necesitas es un ejemplo cercano. Hace unos años una joven se entregó por completo a Dios, pero no sabía que quería de ella. Vivió una época difícil de guerra, y se dio cuenta de lo que hacia falta en el lugar en el que vivía y en su situación: enseñanza y educación, especialmente para mujeres. Por eso fundó muchos colegios para niñas. ¿Sabes de quien te hablo?"

- "Sí, de la Madre Félix, pero ella era monja y está en proceso de beatificación, y luego estoy yo. Además, si es porque el Señor tiene otro destino para mi yo no lo quiero, yo quería cumplir mi vocación de responder a mi situación con ese voluntariado".

- "Sabes, tú no eras el único que prefería cumplir la voluntad del Padre para su situación de otra forma. Estamos en cuaresma, y parece que los cristianos hemos asumido todo lo referente a la cruz y ya no nos sorprende, como si fuera algo natural, pero Jesús ya dijo en el huerto de los olivos que pasara de Él ese cáliz. Como tú quería cumplir su situación, pero no de la forma que se le proponía. Pero confió. Así que, confía en el Señor, cuando dudes abre los ojos y mira a la cruz, no hay prueba más certera de amor y confianza."

Teresa Puente de Liñán
2.º de ESO D

SEGUNDO PREMIO

Siempre alguien necesita ayuda

Todo comenzó en el verano de 2025, Rocío, una niña de trece años tenía un objetivo en la vida: formar parte de un grupo de amigas. Por esto Rocío, todos los días llevaba regalos a sus compañeras, hacia prácticamente todo lo que le pedían, les invitaba siempre que podía y cuando no podía pues también lo intentaba, incluso las llevo de compras con sus propios ahorros. A Rocío eso no le importaba, simplemente con tener a alguien, fuera quien fuera, durante los meses del colegio, le bastaba.

Las niñas con las que iba Rocío eran unas adictas al móvil y a las tecnologías. Esto hizo que por encajar se comprase un móvil, y con eso empezó a pensar que formaba parte de un grupo que era completamente mentira. Las amigas de Rocío eran mandonas, superficiales, egoístas, maleducadas, irresponsables, y muy falsas. En el "grupo" eran tres y cuando se dieron cuenta de lo que les podía dar Rocío, cuatro.

Desde el instante en que Rocío tuvo su móvil en la mano, todo cambió por completo: su manera de hablar, sus gestos, la manera en la que trataba a las personas y sus gustos, que sorprendentemente eran exactamente igual que los de las "influencers" que seguía por su móvil. Ya no la reconocían ni sus padres ni sus profesores. Antes de la llegada de ese aparato tecnológico, ella era una niña aplicada, con buenas notas y una actitud excelente. Todas las profesoras la adoraban. Más tarde se convirtió en algo parecido a sus amigas, es decir, un monstruo: era maleducada, irresponsable. Le daba igual todo, era muy faltosa a las autoridades, sus ojos no se fijaban en nadie excepto en esa pantalla que refleja luz; el móvil.

Pero esta no es la verdadera historia, ni el verdadero problema. Sino que este sucedió la última semana de junio, que coincidía con la última semana, que a su vez coincidía con los días que mandaban las notas, tanto las de comportamiento como las de la diferentes asignaturas. Rocío ya sabía que había bajado en cuanto a números, pero no se lo esperaba así, ni mucho menos.

Cuando llego a casa, Rocío se encontró a sus padres sentados en el sofá esperándola, cosa no muy normal en su casa ya que sus padres siempre estaban ocupados con algo. Su madre, normalmente estaba en la cocina preparando la cena, y su padre no solía estar en casa a esas horas, siempre estaba en reuniones o simplemente trabajando. Rocío notó que algo iba realmente mal. Rocío lo notó nada más verlos, debido a la tensión con las que sujetaban el boletín de notas, también porque su padre no dejaba de mirar la hora. Por otro lado, su madre la sonrió con más ironía que Rocío había visto jamás. Inmediatamente después de que Rocío entrase por la puerta y diera el primer paso, la ordenaron sentarse frente a ellos.

Era bastante evidente que Rocío había tenido un final de año terrible, todos los comentarios de las profesoras hacia Rocío eran pésimos. Había sacado malísimas notas. No aprobó nada más que educación física y plástica (que le aprobaron raspados por pena).

Esto era la peor noticia que pudo haber oído Rocío en toda su vida ya que sus padres tampoco eran muy exigentes, pero claro está que suspendiendo todo, se iban a enfadar. Aun así, era peor la noticia de que le iban a dar, se quedaría sin móvil durante prácticamente todo el verano.

1.º Y 2.º DE ESO

En realidad, sus padres estaban muy arrepentidos por el sumo error que habían cometido, comprarle un móvil a Rocío. Cuando intentaron quitárselo ya era muy tarde, tenía todas las aplicaciones imaginables, seguía a cientos de “influencers”, y estaba suscrita a un montón de canales de cosmética, ropa y famosas. Pero sus padres con mucho esfuerzo y dedicación lo consiguieron, quitaron el móvil a Rocío durante los meses de verano.

Durante ese tiempo, Rocío fue a un campamento para reforzar alguna asignatura y llegar al colegio con más fuerza. En ese campamento volvió a ser como al principio; una niña sonriente y estudiosa.

En cuanto volvió a Madrid estuvo con sus padres un buen rato contándoles sus mejoras y luego subió a su cuarto y vio su móvil apoyado en la mesilla y tuvo demasiada tentación. Lo encendió y le saltaron trescientos mensajes sin leer, como se aburría y no tenía nada que hacer, los empezó a leer por encima. La sensación con la que acabó de leerlo no era muy agradable ni nada por el estilo, de hecho, se puso a llorar y casi no durmió pensando en esos mensajes tan groseros y desagradables que le habían mandado sus “amigas”. Rocío no se atrevió a contárselo a sus padres. Debido a eso todo lo que quedaba de tiempo hasta que empezará el colegio lo pasó muy mal. Rocío se dio cuenta que sus amigas le hacían “bullying”. Cada vez que miraba el móvil, había más mensajes desagradables de sus compañeras. Un día, con mucha valentía, se lo contó a su madre y ella contactó con la directora y le habló del problema. La directora tomó la decisión de que para el año próximo Rocío ya no estaría en la misma clase. A Rocío al principio le parecía una idea horrible, pero más tarde reflexionó y se dio cuenta de que era la mejor opción.

Al fin llegó el primer día de colegio. Se había puesto como propósito sacar buenas notas y, por supuesto, encontrar nuevas amigas. Cuando entró en el colegio se sintió frustrada y no sabía que hacer así que decidió caminar sola por los pasillos, ni siquiera saludó a sus antiguas amigas. En un momento dado, apareció Patricia (a la que conocía como la más pringada) pero a Rocío eso le daba exactamente igual. Patricia la preguntó qué tal el verano, ella contestó que bien (las dos sabían que eso era mentira, pero no le hicieron mucho caso) y que ahora mucho mejor por haberla conocido. Desde ese momento, Rocío y Patricia eran inseparables. Les daban igual las opiniones de los demás y eran felices.

Patricia ese verano tampoco lo recordaba como uno de los mejores, más bien como uno de los peores. Se quedó sola simplemente por su manera de pensar, que no era la misma a la de sus compañeros, no le gustaba arriesgarse, era precavida y a sus antiguos amigos les parecía aburrida. Sus padres no la entendían y por eso no la hacían mucho caso. Como ella lo pasó tan mal, entendía perfectamente a Rocío.

Desde que empezó a ser amiga de Patricia, Rocío nunca más se sintió sola, de hecho, hicieron más amigas (algo que era de esperar). Ellas eran las más amables y sinceras de la clase. Intentaban que a nadie le pasase lo mismo que a ellas, es decir, que las criticasen, las tratarasen, las despreciasen, no las hicieran caso y lo más significativo que les hicieran “bullying”.

Cuando llegó el mes de junio, Rocío tenía una buena sensación y sabía que había mejorado mucho en las notas. Ella y Patricia quedaba todos los jueves a estudiar juntas, lo que las ayudaba a las dos, sobre todo para las dudas. Como a Rocío se le daban bien las mates y a Patricia la lengua y la historia, se complementaban.

Cuando llegaron las notas a su casa se encontró a sus padres en la misma postura que el año pasado, pero notaba algo diferente. Sus padres no estaban nerviosos, al revés, estaban con unas sonrisas de oreja a oreja. Todas sus notas eran buenísimas, tenía un comportamiento excelente y sus profesoras estaban muy contentas con ella.

A partir de ese momento el verano fue inolvidable.

PRIMER PREMIO

La ayuda de la amistad

Érase una vez una niña que se llamaba Alicia. Era una niña carismática, graciosa y extrovertida. Con tan solo 7 años se mudó a otra parte del mundo y llegó a su colegio nuevo sin tener amigas y sin poder abrirse con la facilidad que tenía antes. Se convirtió en una niña tímida, callada e introvertida.

Esto generó cierto rechazo por parte de los demás hacia ella y la pobre Alicia lloraba sin entender cómo su vida pudo cambiar de forma tan radical. Se lamentaba de la situación y, eventualmente, sus padres se dieron cuenta. Ellos hablaron con su tutora para ver qué podían hacer. La tutora les aseguró que iba a poder ayudar a Alicia.

La tutora y Alicia se sentaron juntas para hablar sobre lo que estaba ocurriendo y, con tan solo unas preguntas consiguió recuperar a esa Alicia que estaba escondida después de tanto tiempo con la ayuda de la escucha. Transcurrieron unas semanas cuando por fin Alicia consiguió hacer amigas. Esto se lo comunicó a su tutora, dándole las gracias por todo.

La tutora le dijo a Alicia que esto consistía en un acto muy sencillo que ayudaba a mucha gente, en donde una persona se para a ayudar al otro dejando lo suyo a un lado, preguntándose ¿Y yo qué puedo hacer?

La tutora de Alicia le pidió que, por favor, ayudara a las niñas nuevas del año siguiente. Alicia le prometió que ayudaría a cualquier niña, fuera como fuera.

Alicia llegó el año siguiente a clase con mucha más confianza que el año pasado. Ya se había acomodado en su colegio con sus amigas y seguía teniendo en cuenta la promesa que le hizo a su tutora del año pasado. Tres niñas llegaron nuevas y las primeras se acomodaron bastante bien, ya que tenían amigas en el colegio. Sin embargo, a la tercera la habían etiquetado como rara por su afición a la lectura.

Alicia sabía que lo que las niñas hacían no estaba bien, pero decidió no hacer nada, ya que quiso pensar que esa niña, Olivia, estaba bastante bien leyendo sus libros en los patios y cuando tenía algún rato libre. Aunque Alicia se sintió un poco mal al principio, la culpa fue desapareciendo con el paso del tiempo.

El último día de clase antes de las vacaciones de Navidad, Alicia y Olivia esperaban a que sus padres las recogieran. Sin embargo, debido al tráfico, iban a llegar tarde. Tanto Alicia como Olivia no se dirigían la palabra. Alicia estaba ocupada intentando quitarse de encima los deberes que le habían mandado para las vacaciones y Olivia, como siempre, leyendo un libro.

Ambas se iban dando cuenta de qué hacía la otra y cómo se ocupaban el tiempo. Poco a poco, los coches que quedaban fuera, profesoras, madres y supervisoras ya se estaban despidiendo deseándose mutuamente una feliz Navidad. Alicia ya había acabado con sus deberes, pero Olivia seguía leyendo de forma despreocupada. Aunque de vez en cuando alzaba la mirada, la suya y la de Alicia se cruzaban por accidente, pero ambas apartaban los ojos casi al instante.

3.º Y 4.º ESO

Alicia empezó a recordar lo que le dijo su tutora el año pasado y la promesa que le hizo. Fue entonces cuando decidió empezar una conversación con Olivia.

—¿Qué lees? —le preguntó.

—Un libro de Percy Jackson —contestó Olivia.

—¡Qué guay! Nunca he leído ese libro, pero he visto la película. No me gusta mucho leer, soy más de ver las cosas.

—En verdad yo tampoco leía mucho hasta ahora —dijo Olivia—. Le he cogido mucho aprecio a la lectura, aunque de vez en cuando...

Olivia se detuvo un momento antes de continuar, sin saber qué decir.

—Bueno, pues yo de vez en cuando prefiero jugar o hablar —contestó finalmente Alicia.

Alicia recordó de repente que ella, en un momento dado, se sintió igual. Cortó el silencio incómodo diciendo:

—Vente conmigo y mis amigas en el patio.

—¿De verdad? —le preguntó Olivia.

—Pues claro que sí —respondió Alicia.

Empezaron a cotillear sobre profesoras, clases, etc., y las dos se rieron mucho. El lugar en el que estaban parecía estar más iluminado. Ya eran las nueve de la noche, pero ambas estaban muy a gusto entre las sillas hablando, hasta que escucharon las voces preocupadas de sus padres, que por fin venían a recogerlas.

Mientras ellos explicaban lo sucedido a la supervisora, que no estaba muy convencida, las niñas se despidieron y Alicia le prometió a Olivia que a la vuelta tendrían que quedar.

De camino a casa en el coche, la madre de Olivia le preguntaba cómo le había ido con Alicia, ansiosa de que su hija hubiera encontrado una amiga después de tanto tiempo sola en el colegio. A la niña se le veía el brillo que había vuelto a sus ojos, la sonrisa genuina que había vuelto. Su madre estaba sumamente alegre y aliviada por su hija, mientras tanto ella hacía una reflexión en la parte de atrás del coche, mirando por la ventana, pensando en cómo sería el colegio para ella cuando volviera. Transcurridas las vacaciones, Olivia y Alicia se encontraron en el patio de fuera antes del recreo. Alicia presentó a Olivia a las demás de su grupo, que al principio un poco calladas, fueron cogiendo confianza y formando una amistad con Olivia. Más tarde, en mayo, estaban las niñas corriendo y jugando en el patio, sin ningún libro cerca de Olivia. La tutora de Alicia del año pasado las observaba desde arriba, con una sonrisa

SEGUNDO PREMIO

Un cambio de planes

Había sido un día agotador bajo el sol infernal de la India, llevaba ya una semana en Calcuta y todavía no me había acostumbrado a los días tan intensos de un voluntario con las hermanas de la Caridad.

Meses antes estaba estudiando derecho imaginando el "brillante futuro de Paula" y de repente me veía envuelta en un ambiente en el que nunca me habría imaginado estar. Pero, ¿cómo?

Bueno, en un principio, en el verano de primero de carrera tenía pensado irme de viaje con mis amigas a Estados Unidos a visitar ciudades y lugares maravillosos. Sin embargo; una amiga del colegio llamada Cristina me invitó a hacer un voluntariado con las hermanas de la Caridad, un plan a mi parecer, terriblemente aburrido y que descarté en el instante, inclinándome por el viaje a Estados Unidos. Pero entre mi amiga que estaba muy pesada y mi madre, que es que no sé que tienen las madres que desarman a cualquiera, me convencieron definitivamente diciendo:

- ¿Enserio vas a irte de fiesta con tus amigas a Estados Unidos cuando podrías estar salvando vidas en la India?

Esto me dejó sin palabras y tuve que admitir que, aunque no me apeteciera, tenía que ir al voluntariado y era mi deber como cristiana aunque no fuese muy practicante.

Y aquí estoy yo, una estudiante de derecho que lo único que quiere hacer con su vida es llegar a ser una abogada con éxito, curando enfermos en la India. Todavía me quedaban unas semanas para terminar la experiencia y aunque al principio quería irme de allí, ahora estaba sucediendomalgo raro en mí, estaba exhausta pero feliz.

Con estos pensamientos me fui a acostar y al día siguiente después de la Misa y el desayuno sentía mis fuerzas completamente renovadas.

- Hola, Paula, ¿qué tal has dormido? parece como si te hubieras tomado veinte cafés - me interceptó la hermana Inés-

- Bien. Esta mañana me siento con fuerza. Por cierto, ¿a qué parte de Calcuta nos toca ir hoy? Tengo muchas ganas de ir a los barrios abandonados.

- Pues has acertado, hoy trabajaremos en las periferias de la ciudad, en las zonas marginales.

Cuando llegamos el panorama era desolador, las casas estaban en un estado pésimo y las personas que había eran la mayoría enfermos y moribundos. Me dieron unas ganas de ir a socorrerles muy impropias en mí.

n seguida comenzamos nuestro trabajo curando las heridas, suministrando medicamentos, lavándoles de arriba a abajo, dándoles de comer y lo más importante, conversando con ellos.

- Buenos días, ¿cómo está? ¿Quiere algo de comer? - le pregunté en inglés a un anciano enfermo mientras le ofrecía pan y un vaso de agua -.

- Muchas gracias hija, hacéis un trabajo excelente pero yo estoy bien, de verdad, pregúntale a aquel pobre que él sí que lo está pasando muy mal - me respondió aceptando solo el vaso de agua-.

3.º Y 4.º DE ESO

Aquello me impactó muchísimo. ¿Cómo un pobre anciano enfermo hambriento, desnutrido puede rechazar tal oferta y recomendarme hacérsela a otro? Desde luego que no tenía ni idea pero lo que tenía claro es que en sus ojos veía que actuaba alguien a través de él, o más bien, Alguien con mayúsculas. Esto pensaba yo a la vez que me dirigía hacia el pobre enfermo que me había indicado.

- ¡Buenos días! - dije ahora con más entusiasmo - ¿Qué tal va? ¿Necesita algo?

- Sí... - balbuceó. El pobre estaba moribundo por lo que llamé rápido a las monjas para que le llevaran al hospital urgentemente al mismo tiempo que rezaba para que sobreviviera.

Y después de ayudar y hablar con "los más pobres de los pobres" como decía Santa Teresa, nos fuimos a comer en el lugar donde nos alojábamos. Durante la comida, los voluntarios solíamos compartir nuestras experiencias de la mañana y yo por supuesto conté lo sucedido con el anciano. Lo más sorprendente es que no fui la única a la que le había pasado algo así:

- Pues hace unos días me pasó algo similar cuando hablaba con una mujer enferma. Cuando le ofrecí comida, la cogió y se la dio a unos niños pequeños que claramente estaban desnutridos - me contó un voluntario llamado Jack -.

Todo esto me dio qué pensar para toda la tarde y cuando por fin llegué a mi cama mi mente seguía en ebullición. Me sentía desorientada, no entendía lo que sucedía. No podía entender por qué unas chicas jóvenes desperdiciaban su porvenir metiéndose a monjas para curar enfermos. Tampoco entendía cómo un enfermo hambriento podía mostrar tanta generosidad con otros en su misma situación. No me comprendía ni a mi misma, había pasado de ser una egocéntrica a entregarme a los demás de forma sorprendente. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué me quería decir Dios con eso?

De pequeña me habían hablado en el colegio sobre la entrega desinteresada, el sí incondicional al Señor ante la vocación y tantas cosas que siempre relacionaban con una tal María Félix, la fundadora del colegio. ¿Y eso qué tenía que ver conmigo? Entonces no lo sabía pero empezaba a comprender cosas.

No obstante el Señor habla con suaves acentos y si no estamos atentos, no le podremos escuchar. Debió de ser que el voluntariado me metía en el mood y fui comprendiendo muchas cosas sobre lo que Dios quería de mí. Entendí que tenía que dejarme de éxitos pasajeros y en mi futuro trabajo, buscar la santidad diciéndole sí a todo lo que Dios me pidiese, desde el momento presente hasta las cosas más importantes de la vida como la vocación.

Así, cuando volví a mi casa en España me puse a reflexionar sobre todo lo ocurrido y definitivamente concluí que de momento Dios me pedía llegar a ser una abogada pero no por el éxito sino para buscar la justicia. También me procuré algún libro de lectura espiritual para que lo vivido se hiciese más real aplicándolo a la vida cotidiana y descubrí que esa tal María Félix fue una gran mujer que supo enfrentarse a las dificultades de su tiempo que entonces eran la guerra y la persecución religiosa, con valentía siguiendo siempre el camino que Dios tenía para ella. Ahora yo me debía enfrentar a los obstáculos de mi momento: la búsqueda del éxito, la obsesión por la imagen, la superficialidad, el individualismo, etc. Todos estos conceptos al principio sonaban raros pero los fui asimilando y aterrizándolos en mi sencilla vida con acciones simples como apartar el móvil cuando tengo que estudiar, disfrutar el tiempo en familia, no cerrarme solo a mi grupo de amigas... Y quería hacerlo con una sonrisa, sabiendo que Alguien estará siempre a mi lado, en mis derrotas y mis victorias.

1.º Y 2.º DE BACHILLERATO

PRIMER PREMIO

La grandeza de lo pequeño

Fue nada más llegar al apartamento cuando recibí el correo.

Entré en el ascensor con esa música armoniosa que tanto me deleitaba y que ahora sonaba sin que apenas me diera cuenta, deseando simplemente llegar a casa. El rato en el gimnasio me había sentado fatal; aún así seguía empeñada en cumplir esa rutina que ya ni cuestionaba.

Ya era tarde. No tenía pensado cenar, si acaso, algo ligero.

Abrí con esfuerzo la puerta de mi maravilloso piso, ese que encontré con mi padre desde Internet en su día y del que me enamoré al instante. Lo tenía todo: era amplio, luminoso, muy bien ubicado y, sobre todo, tenía una cristalera enorme donde las vistas de los rascacielos de la ciudad eran impresionantes, como siempre soñaba.

Llevaba allí viviendo unos cuatro años, desde que me independicé y conseguí el puesto que quería en uno de los mejores bancos de Nueva York.

Ahora tenía 28 años y aparentemente, estaba viviendo mi mejor vida. No era exactamente el tipo de vida que había imaginado, pero sí la que había perseguido durante años. No me sentía desilusionada. Es cierto que había días interminables en los que me exprimían hasta la última gota de energía que tenía en el cuerpo, pero sinceramente, había llegado lejos y estaba donde creía que merecía estar. Me había convertido en lo que solía describir mi profesora de segundo de bachillerato como una mujer realizada profesionalmente y alguien de éxito.

Pero mi niña interior no sentía lo mismo.

Me estaba ahogando en esa vida adulta. Llegaba tarde a casa, ya ni siquiera me paraba a hablar con el portero del bloque. No podía permitirme parar. Llamaba a mi madre una vez a la semana, casi por inercia. A veces no sabía ni que decirle. Incluso mi hermana me llamaba pidiéndome que volviera y, aunque me dolía, no podía dejar esto atrás.

Aquella vida que durante años había considerado perfecta empezaba a volverse como algo rutinario, casi irreconocible. Ya no la miraba con los mismos ojos, había algo que me estaba apagando, pero en ese momento no era consciente. Todo seguía en su sitio, pero ya había dejado de significar lo mismo.

Bebí un gran sorbo de agua fresca y me dispuse a darme una larga ducha para despejarme tras esa jornada tan agotadora.

Entonces sonó una notificación.

Era el timbre que solía reservar para mensajes importantes de trabajo, pero esta vez no era uno de ellos.

“Colegio Mater Salvatoris”.

Se me erizaron los pelos. Un fuerte escalofrío me recorrió todo el cuerpo, como si una masa de aire frío se hubiera posado sobre mí. Fui a comprobar si me había dejado la ventana abierta en un despiste. Pero no, no era algo externo. Era el pasado que llamaba a la puerta, queriendo dejar algo importante.

1.º Y 2.º DE BACHILLERATO

Continúe leyendo, "Antiguas alumnas. X Aniversario"

Y, sin darme cuenta, me remonté a aquellos años.

Había pasado una década desde que lo dejé, una década desde esos momentos en los que no imaginaba un futuro más allá de mis amigas, de esa familia a la que me acostumbraba a llamar hogar. No veía ninguna realidad distinta a aquella, nada más allá, y aún así mi constancia y mis planes terminaron llevándome por otro camino. Afuera, las luces se iban apagando y el caos ruidoso de Wall Street seguía de fondo.

...

Subí al taxi con decisión. La luz reflectante del taxímetro me resultaba molesta. Eran casi las 6 y media de la mañana. Antes de acostarme había comprado, casi sin pensarlo, el primer vuelo directo a Madrid.

Sentada a bordo del avión, poco antes de despegar intenté organizar mi tiempo: dormiría un rato para reponerme, revisaría correos, y aprovecharía el resto del vuelo para trabajar.

Una chica morena, sonriente y curiosa, de unos 17 años se sentó a mi lado e intentó entablar una conversación. Le respondí de forma secante, casi automática, sin apartar la vista del ordenador. Insistió.

Había algo en ella... no sabía decir el qué. Su manera de mirar, su forma de actuar. Me resultaba extrañamente familiar.

Entonces levanté la vista y la vi bien.

Esa chica era yo.

Fue el primer vuelo en el que no pude conciliar el sueño. Mi mente no se detenía, los pensamientos se sucedían uno detrás de otro, como una cinta de vídeo antigua que no deja de girar.

...

Entré por la puerta del edificio de Bachillerato y me encontré con la señorita de portería, esa mujer que había estado desde que yo era una niña. La miré con una sonrisa, de esas que antes me solían salir sin pensar.

Seguía como siempre. Se paraba a hablar con las niñas, las aconsejaba, las llamaba por su nombre y las cuidaba como si tuviera todo el tiempo del mundo.

-Cuanto tiempo- me dijo, llamándome por mi nombre, como siempre.

Y entonces me di cuenta.

Yo ya no hacía eso, ya no me detenía.

Me dirigí a la capilla, pero de pronto me detuve.

En uno de los pasillos había un cuadro. No recordaba haberlo visto antes. Era una imagen de la Madre Félix.

Debajo, una frase decía: "¿Y yo que puedo hacer?"

Me quede mirándola detenidamente. Al principio no la entendía del todo. Pensé que se trataba de hacer algo grande, algo que realmente importara, que dejara una huella indeleble. Pero cuánto más pensaba en ello, menos sentido tenía.

Recorrí los pasillos y las aulas, y los recuerdos comenzaron a aflorar. Entré en mi aula de primero de Bachillerato. Estaba vacía y, sin embargo, podía verla llena: Risas, conversaciones, vida.

Y en el fondo me vi a mí.

Esa niña que no tenía todas las respuestas, pero que sí sabía a donde mirar. Que encontraba sentido en lo pequeño, que no necesitaba nada inusual para sentirse plena y que sabía escuchar y valorar todo lo que tenía a alrededor.

1.º Y 2.º DE BACHILLERATO

Entonces lo comprendí.

Ese llegar a más, lograrlo... me había apartado de lo que realmente importaba.

No había sido casualidad. Ni el correo, ni el regreso, ni el momento. Todo tenía un sentido, había ocurrido porque tenía que ocurrir. Quizá necesitaba alejarme para poder volver a mirar, a encontrarme.

Entendí que Dios había estado presente en cada paso que había dado, incluso cuando creía estar lejos. Nada había sido en vano; todo, incluso los más duros, formaban parte de un camino que no había alcanzado a entender. Quizá ese camino, con todo lo que había implicado, era solo el principio de algo mayor.

Y comprendí que la respuesta a mi pregunta había estado todo el tiempo frente a mí.

No consistía en hacer algo enorme, sino en empezar por algo pequeño.

Volver a escuchar.

Volver a fijarme en lo insignificante.

Volver a mirar como antes.

Esa era mi misión a los ojos de Dios.

Ana Barril García
2.º de Bachillerato D

SEGUNDO PREMIO

Ser santo un martes cualquiera

Dicen que la santidad es para todos, o al menos eso es lo que pone en el cartel colgado en el corcho de la clase de Ana. Está escrito en letras grandes azules y blancas que llevan colgadas desde principios de curso y ya comienzan a desgastarse por las esquinas. Nadie les había prestado demasiada importancia, salvo quizá alguna mirada distraída al pasar. Sin embargo, ahí permanecían discretas y silenciosas cumpliendo su función: como una señal en el camino que todos ven al pasar, pero pocos se detienen a leer.

El cartel estaba allí como otras tantas cosas: el horario que ya nadie mira porque todos lo tienen en el móvil, el calendario torcido sujeto con chinchetas... Siempre pasaba desapercibido pero de vez en cuando alguien levantaba la vista por casualidad, leía las palabras deprisa y encogía los hombros; como si fuera una hazaña demasiado ambiciosa para realizar un martes cualquiera.

Ana también lo había visto muchas veces, tantas que ya formaba parte del paisaje de la clase, al igual que la pizarra o las mesas alineadas. Pero esa mañana algo parecía distinto. No sabría decir exactamente qué era, pero la luz de mediodía que entraba por la ventana y se reflejaba en la pared hacía que las letras parecieran hablar más alto y moverse, como si quisieran decirle algo directamente.

La santidad es para todos. Leyó estas palabras de nuevo como si fuera la primera vez y algo en ellas hizo que Ana se quedara un instante más mirando aquel cartel olvidado. Se quedó perpleja, preguntándose qué querría decir. En ese mismo instante no supo comprender bien lo que significaba la frase. Tenía la mente en blanco cómo si se le hubiese olvidado todo lo que sabía. Trataba de prestar atención al profesor, pero esas palabras seguían dándole vueltas en la cabeza. Intentó pensar en respuestas pero, lo único que se le venía a la cabeza eran imágenes de santos de los libros de religión o de estampas que le daba su abuelita en Semana Santa: Santos con túnicas largas y miradas muy serias que parecían ser seres extraordinarios que nunca habían cometido un error. Le daba la impresión de que estos Santos vivían en un lugar distinto, muy diferente al suyo y lejos de los exámenes de matemáticas de los martes.

No parecía tener sentido; si esto era así, la santidad no podía ser para todos...

Pensó un segundo en ella misma; protestaba cuando tenía muchos deberes, se enfadaba con su hermano pequeño por cosas sin importancia y no le gustaba ayudar a su madre en casa. No, definitivamente el «para todos» no le cuadraba. Sin embargo, esa frase seguía retumbando en su interior.

Tal vez, pensó, el problema no era la frase. Quizá no había entendido qué significaba realmente. Decidida, se propuso averiguarlo por sí misma.

1.º Y 2.º DE BACHILLERATO

En ese momento recordó esas palabras de la Madre Félix que leyó hace unas semanas. «Mi actuación será eficaz si soy santa y lo seré si vivo unida a Dios y entregada a su voluntad. No importa salud ni enfermedad, mandar u obedecer, pobreza o riqueza, vida corta o larga. Lo que importa es cumplir amorosamente la divina voluntad.»

¿Cómo iba a ser ella santa si no podía irse de misiones o dar de comer a los pobres? ¡Ni mucho menos fundar un colegio! Miró a su alrededor, sus aspiraciones le parecían demasiado grandes. Abatida al saber que esto nunca iba a ser posible, trató de buscar alguna solución, pensó en si alguna vez podría ser capaz de hacer algo que realmente valiera la pena, aunque nadie lo viera. Cerró los ojos y trató de imaginarse esa situación, pero entonces sonó la campana y era hora de irse.

Llegó a casa ese mismo martes cuando la tarde comenzaba a caer lentamente sobre las calles. Empujó la puerta de golpe y en la entrada ese aroma familiar ya la abrazaba. Avanzó unos pasos hacia el salón y entonces la vio. Ahí estaba lavando los platos. Después sonrió con esa dulzura que tantas veces había visto pero que cada día parecía nueva. De un momento a otro se encontró envuelta en el amor más puro y sincero, el amor de una madre.

No tardó en fijarse en las manos de su madre, arrugadas por el agua. Las mismas manos que tantas veces habían secado las lágrimas de su cara y la habían levantado cuando necesitaba ayuda. Ana las miró en silencio. De pronto volvió a recordar las imágenes de los santos lejanos y todas las cosas grandes que creía que hacían falta.

¿Te ayudo? Preguntó rápidamente apoyando su mochila en el suelo. Su madre se estremeció y asintió con la cabeza sin decir una palabra.

Ana metió las manos en el agua. Estaba fría. Pero esta vez no apartó las manos.

Entonces lo entendí, la santidad no debía de estar muy lejos. No estaba en misiones lejanas ni en grandes ambiciones. Estaba allí, en esas manos frías y mojadas, ese rostro cansado y en esa sonrisa en la cara. No buscaba hacer ruido, tampoco llamar la atención. Sin embargo, allí permanecía silenciosa y discreta, haciendo de un gesto sencillo, un verdadero milagro.

Carlota Alberca González
1.º de Bachillerato A